

Los Siete Pilares: Una librería porteña

Héctor Delgado

Los libros como viajes, como apilados sueños.
Tanto fervor reunido...
Raúl González Tuñón.

Buenos Aires cuenta con una gran tradición de librerías anticuarias, y en los últimos años han aparecido varias que se suman a las ya clásicas. Dentro de las nuevas está Los Siete Pilares, nombre puesto por ser el de la obra de T.E. Lawrence mi libro favorito. Aprovecho esta nota para decirles a los lectores españoles que eviten las horribles ediciones españolas de *Los Siete Pilares de la Sabiduría* y consigan la edición argentina de Editorial Sur. Sólo abrir la edición española y que falte *Un triunfo*, el sugerente subtítulo de la obra, me pone nervioso y me hace desecharla por completo.

La librería se encuentra ubicada en un pequeño local de la subterránea Galería Buenos Aires en la calle Florida. Estoy en Florida pero con el corazón en Boedo. En la galería hay unas nueve librerías que se ocupan de diversas temáticas. Los Siete Pilares se especializa o trata de especializarse en vanguardias literarias y en la obra de T.E. Lawrence. Hablando de T.E. una vez me llama un tipo que se la daba de muy culto y lector para ofrecerme unas primeras ediciones de las que quería desprenderse, una de ellas era un libro de Victoria Ocampo, dijo, que el título es un número telefónico. Se refería al T.E. 338171 que es el número con que Lawrence vuelve a enrolarse luego de la Primera Guerra Mundial, a partir de entonces el libro de Victoria se llama *El teléfono*.

Comencé en el año 2000. A fines de 2001 estalla el país y durante el 2002 mientras el país está en llamas las librerías anticuarias hacen su agosto. Con la devaluación del peso fuimos lite-

ralmente invadidos por coleccionistas y colegas del exterior. Parecía que Buenos Aires se iba a quedar sin libros, desde las ediciones de Aguilar hasta las ediciones de bibliófilos, todo era comprado por chilenos, franceses, españoles, ingleses, norteamericanos...

A causa de la inmigración de fines del siglo XIX y principios del XX e incluso hasta la segunda posguerra en Argentina se pueden conseguir libros en casi cualquier idioma. Hay bibliotecas en ruso, danés, hebreo, rumano, alemán etc. Un caso aparte es el libro francés. Nuestras clases dominantes se criaron leyendo en ese idioma, lo que hace a la Argentina un gran cementerio de libros franceses. Nos llueven los libros en francés, es imposible venderle a un español un libro en ese idioma, es más, te miran mal cuando se lo ofreces. Aunque sea una joya. El otro día un español estuvo a punto de no llevarse la edición de Pleamar de *Animal de fondo* de Juan Ramón porque le molestaba que fuera bilingüe: español-francés.

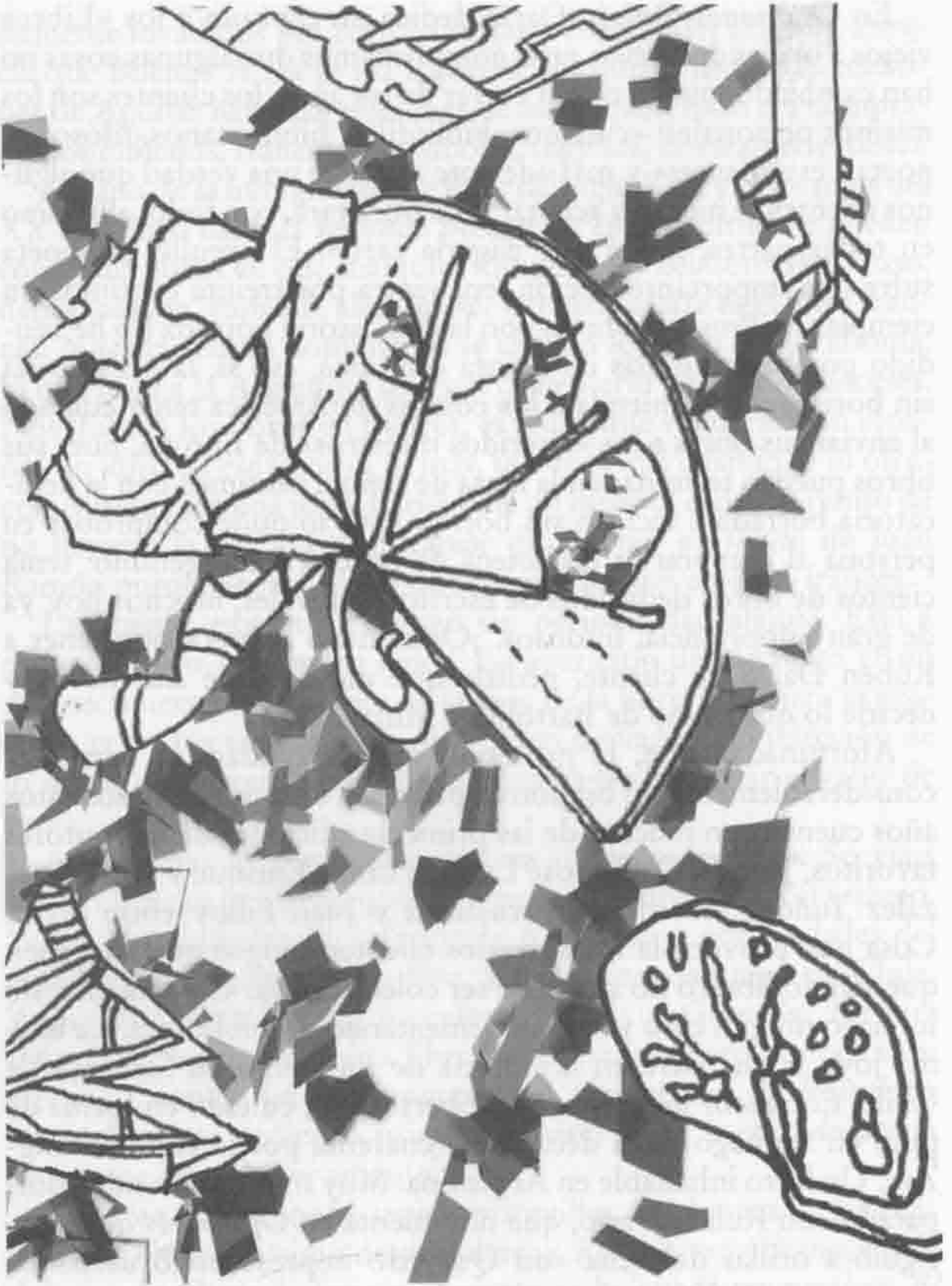
La librería edita un catálogo sin periodicidad alguna. Está a punto de salir el número cinco. La aparición del catálogo es un acontecimiento importante en la vida de la librería, genera expectativa entre los amigos y clientes. Trato de hacer una selección de lo mejor del material que he conseguido sin importar el valor de venta.

Aunque no lo parezca, no es un oficio sedentario. Se viaja mucho buscando libros, que es la parte más divertida del trabajo. Ya sea por ciudades del interior de Argentina o por ciudades del mundo tan distintas como Pisa, La Habana, Santiago de Chile, Valparaíso, Montevideo, Barcelona, Sevilla y Granada. En esta última ciudad no conseguí libros importantes pero conocí a mi esposa, Carmen, en el Congreso del Centenario de Francisco Ayala. Este me dedicó la primera edición de *El hechizado* a más de sesenta años de ser editado.

Durante estos años he tenido maravillas, de algunas de las cuales me dolió muchísimo desprenderme: *Romancero Gitano*, *Perfil del aire* de Cernuda (que por suerte se lo quedó un amigo), *El hondero entusiasta* de Neruda, *Luna de enfrente*, *Zang Tumb Tumb* de Marinetti, que ilustra la tapa del catálogo cinco que creo nunca volveré a ver, *Ecuatorial* de Huidobro, hermosas dedicatorias de Macedonio Fernández, cartas de Alejandra Pizarnik, *Interlunio* de Gironde dedicado y tantos otros.

En *Opiniones*, Rubén Darío dedica un capítulo a los «Libros viejos a orillas del Sena». en él comprobamos que algunas cosas no han cambiado mucho con el correr de los años, los clientes son los mismos personajes: «curiosos, bibliófilos, bibliómanos, filósofos, poetas, estudiantes» y más adelante nos dice una verdad que algunos clientes se niegan a aceptar: «La obra rara, con todo, allí como en todas partes, habrá que pagarla caro». El orgullo del poeta sufre una importante lección, encuentra por treinta céntimos un ejemplar de *Prosas Profanas* con la dedicatoria borrada (lo he vendido por bastante más de treinta céntimos, eso sí, la dedicatoria sin borrar) y recomienda a los colegas de América tener cuidado al enviar sus obras a los «queridos maestros» de Europa, pues sus libros pueden terminar en la mesa de treinta céntimos con la dedicatoria borrada e incluso sin borrar. Esto lo pude comprobar en persona al comprar la biblioteca de un escritor argentino: tenía cientos de libros dedicados de escritores noveles, muchos hoy ya de gran importancia, intonsos. ¡Que bueno hubiera sido tener a Rubén Darío de cliente, pedirle que me dedique *Los Raros* y decirle lo que opino de Bartolomé Mitre!

Afortunadamente, la profesión me ha ayudado a aumentar considerablemente mi biblioteca personal, después de todos estos años cuento con muchas de las primeras ediciones de mis autores favoritos, Juan L. Ortiz, José Lezama Lima, Enrique y Raúl González Tuñón, Macedonio Fernández y Juan Filloy entre otros. Cosa que provoca la ira de varios clientes amigos que sostienen que siendo librero no se puede ser coleccionista. Obviamente, no les hago ningún caso y sigo incrementando mi biblioteca. La última joya la encontré en la librería de un amigo en Santiago de Chile, *El criador de gorilas* de Roberto Arlt, editado en forma de pulp en Santiago en la década del cuarenta por la editorial Zig-Zag. Un libro inhallable en Argentina. Muy modesto lo mío comparado con Rubén Darío, que nos cuenta en *Opiniones* que consiguió a orillas del Sena «un Quevedo impreso en Bruselas en tiempo del IV Felipe, hermoso, claro, con tapas de pergamino, por setenta céntimos». Que lo podéis conseguir un poco más caro, lamentablemente con una fea encuadernación moderna, en Los Siete Pilares ©



El 17 de febrero de 1974, el presidente de la República, General Juan José Arango, anunció que el gobierno había decidido declarar a los departamentos de Antioquia y Cauca zonas de guerra. Esta decisión fue tomada en consecuencia de la situación de violencia que se estaba viviendo en estos departamentos. El gobierno declaró que la zona de guerra se extendía desde Medellín hasta el departamento de Cauca, pasando por los departamentos de Antioquia, Risaralda, Quindío y Nariño. Esta declaración fue una medida de emergencia para hacer frente a la situación de violencia que se estaba viviendo en estos departamentos. El gobierno declaró que la zona de guerra se extendía desde Medellín hasta el departamento de Cauca, pasando por los departamentos de Antioquia, Risaralda, Quindío y Nariño. Esta declaración fue una medida de emergencia para hacer frente a la situación de violencia que se estaba viviendo en estos departamentos.